

A.

Y mientras don Alfredo, se sacaba y ponía las gafas, ora para leer ora para secarse las lágrimas mientras musitaba ~~xx~~ bajito, bajito: "así era ella, así era ella" y después, cuando tomándola una gilette usada recortó cuidadosamente el pedazo de diario que Andrés había pagado y lo guardó en su cartera de cuero hilachienta, sebosa, pero repleta de tesoros de papeles, recibos, fotografías y sin ningún billete, Andrés creyó comprender por qué don Alfredo le había hecho tan extravagante pedido. Mientras esa recorte durara en su billetera, la Berta, su Berta, no habría muerto del todo, habría habido otra gente que se había enterado del amor maternal que había sido el objetivo de su vida y ese amor y esa bondad había trascendido a otros mundos, a otros hogares, había quedado estampado en un periódico que, mientras el recorte durara, y bien podría decirse que Berta no estaba del todo muerta, que aún estaba en el resplandeciente mundo de los seres humanos.

Cuando dos meses después don Alfredo se suicidó, el Flaco le mostró a Andrés las pobres pertenencias que quedaron de su padre. La cartera de cuero seguía hinchada de papeles, recibos y viejas fotografías, pero no estaba ahí el recorte de la nota necrológica de su esposa.

Andrés no lo comentó con el Flaco, pero se imaginó al viejo don Alfredo preparándose para su único acto de verdadera rebeldía, la forma como examinó el antiguo revolver y como, antes, antes de cerrar los ojos y gatillar su ~~si~~ derecha, fué al baño y leyendo por última vez la necrología de Berta, la hizo mil pequeños pedacitos, la botó en el excusado, tiró la cadena y se sumió en la nada, como había sumido ahora, definitivamente, a su compañera de tantos años.

El Flaco era marxista. En el liceo había tomado de la biblioteca ~~xxxx~~ "El Capital" y a mediada que lo leía sentía un hilito de satisfacción que se le deslizaba de la cabeza a los testículos. De pronto, el mundo de le ordenaba, el rompecabeza ajustaba sus piezas y veía la realidad clarita, sin una nube, sin una duda. "¡Aquí está todo", se dijo y siguió leyendo libros marxistas mientras adoctrinaba a sus amigos ~~x~~ parado en las esquinas de su barrio, dejando descansar sus argumentos sólo cuando pasaba ~~x~~ una empleadita con el potito bien balanceado o una hija de patrona, rubia, pecosita, inalcanzable para la magra figura, empinada y oscura, del flaco marxista.

Así lo había conocido Andrés. O mejor, el Flaco había conocido a Andrés, porque Andrés tenía una hermana y era medio rubia y medio pecosa, pero ¡qué carajo! nadie es perfecto y el Flaco estaba dispuesto a transigir en todo, menos en su marxismo y su ateísmo.

-Pero -argumentaba Andrés - si no hay Dios, si no hay vida eterna, para que vives, entonces. Si te vas a morir y después no hay nada ¿No es mejor tirarse un tiro?

- Es que la vida es buena -contrargumentaba el Flaco.

- ¿Hasta cuando? ¿Y cuando llegues a viejo?

- Bueno, si yo me encuentro medio cuquifato, con artereosclerosis, entonces me pego un tiro. No antes.

Había principiado a leer por costumbre y, como de costumbre, al terminar sentía la misma vieja sensación de vacío, de decepción. Un sentimiento de desesperanza que no alcanzaba a ser tan absoluta como para saber que, al día siguiente, al leer el periódico se volvería a detener en las páginas de vida social y emprendería, igual que un cazador que no ha logrado atrapar la presa buscada e intenta una y otra vez más, su diaria tarea de leer las necrologías.

¿Para qué y por qué había vivido esa gente cuyos rasgos virtuosos eran exaltados por fervientes amigos en una o dos columnas de la prensa? Ninguno de los panegiristas había contestado nunca esa pregunta; ante la presencia de la muerte mostraban su dolor, recordaban instantes fugaces de la vida que se había extinguido y alaban costumbres, rasgos, obras del difunto que en definitiva no retrataban al muerto si no al improvisado cronista,

Andrés sacó las tijeras de la gaveta de su escritorio y recortó la nota necrológica con cuidado ~~xxxx~~ En otro tiempo, cuando la ilusión de encontrar en esas palabras dolidas una respuesta a la pregunta, aún se mantenía, había pretendido hacer una clasificación de las motivaciones más relevantes de los muertos públicamente alabados. Pero ya había desistido. Una carpeta ^{hinchida} gruesa, de hojas impresas que empezaban a amarillar con ~~xxxxxxxxxxxxxxxx~~ la misma premura que se marchitan las flores en las lápidas terminaba siendo ~~la~~ fosa común. ~~xx~~

"Ud., Andrés, Ud. que tiene amigos periodistas ¿por qué no escribe una notita sobre la Berta?"

Don Alfredo, calvo, jubilado, encorvado sobre un bastón de palo de cereza, con el mismo chaquetón de hilo con que lo había visto siempre, pero con una franja negra en su solapa, lo miraba expectante mientras le hacía la súplica.

¿Para qué diablos querrá, que escriba? ¿Que podía decir de una señora que hacía un buen dulce de mebrillos y fuera de eso qué... qué...?

Pero Andrés le dijo que sí a don Alfredo y durante varios días y varias noches, ahí en la recámara del cerebro, buscaba la palabra que pudiera decir sobre doña Berta, el rasgo que le hiciera a comprender a los otros que si había vivido y ahora estaba muerta había sido por algo, por una razón poderosa, no una simple casualidad, no un hecho repetido, absurdo, grotesco. Y cuando comprobó que no encontraría una sola palabra que diera significación, importancia, valor a esa vida que se había ido lenatamente en medio de los atroces dolores de un cáncer, buscó en sus carpetas, en la letra A, sub clasificación m y ~~xxxxxx~~ leyendo lo que un acongojado hijo decía del amor maternal ~~xxx~~ con que lo cobijó su madre, razón por la cual nunca la olvidaría ~~x~~ y sobreviviría a todas las circunstancias que el mundo pudiera afrontar, copió las frases, cambió sintaxis, modificó nombres y usó un nuevo giro verbal y la llevó a la Vida Social de "La Nación" y pagó el dinero que le pidieron y al día siguiente le entregó el diario a don Alfredo, no añadiendo una palabra, pero cargando con la palma de su mano el hombro del viejo como queriendo decir muchas cosas que él sabía que no decían nada, pero que don Alfredo interpretó ~~xxx~~ como algo inexpresable, pero ciertamente muy profundo.

3

- ¿Cuándo? ¿A los cuarenta? ~~precisaba~~ Andrés tenía la maldita costumbre de precisar.

- A lo mejor....a los cuarenta.

Andrés sacó sus cuentas. Le faltaban veinticinco años. Una eternidad.

"Conforme, a los cuarenta, nos matamos, entonces. A tí te faltan 23 a mí, veinticinco."

- Tú te encargas de enterrarme, entonces .-concluyó el Flaco - pero antes...

El brillo de sus ojos habría iluminado la más oscura de las noches, si hubiera sido noche, pero no, era una tarde de verano, las siete de la tarde en la Avenida Irrarázaval esquina la calle San Jorge, justo la hora en que la Gilda salía a dar sus vueltas en bicicleta y si el Flaco estaba atento y Andrés no andaba pensando en huevadas teológicas, hasta uno le alcanzaría a ver los calzones de la Gilda, mientras pedaleaba, unos calzones que eran blanquitos y, hasta aseguraba el Taco, se transparentaban.